

tos lugarones tristes y malsanos que ni siquiera disfrutaban del modesto privilegio, frecuente en las aldeas de la meseta, de dominar extensas perspectivas sobre los campos de labor. Su vecindario no disfruta de un lugar de esparcimiento, le falta la plaza, los soportales, el núcleo, por excelencia, de la ordenación urbana y de la vida social, de cuyo desarrollo, en los últimos años, puede servir como índice el hecho de subsistir abiertas, antes del Movimiento, doce tabernas para una comunidad que apenas sobrepasa la cifra de 300 vecinos. No hemos podido conseguir noticias concretas que nos aclarasen el origen de un emplazamiento tan inconveniente; pero algo nos puede orientar la circunstancia de existir en las afueras, y en sitio más elevado, las ruínas de un castillo llamado de Puñonrostro. De aquí

podemos inferir, ya que no poseemos otras razones de peso que nos demuestren lo contrario, que Seseña fué, en un principio, un burgo, constituido por la clientela de un señor —probablemente el propietario de aquella fortaleza— que más tarde fué creciendo al compás de un aumento natural de población, sin que se hubiese presentado la ocasión, por rutina y falta de recursos, y, sobre todo, por lo que restringe en Castilla el medio y la administración local la dispersión del núcleo urbano, de trasladar paulatinamente, hacia un lugar más favorable, las viviendas de los campesinos de la huerta. Sólo por esa escasez de medios que señalamos y el acusado desnivel de vida que aún se conserva en el campo, puede explicarse la subsistencia aquí de una población que, aparte de los inconve-

*El pueblo de Seseña comienza a surgir, en su nuevo emplazamiento.*

